

EL BARDO.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y TEATROS.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes, al precio de 4 rs., tanto en Gaital como fuera de ella.

10 de Octubre de 1859.

Se suscribe en la Administración, calle de Elvira, núm. 14, donde se dirigirán las reclamaciones.

DIRECTOR PROPIETARIO.

D. Juan A. Gutierrez de Tovar.

Colaboradores.

Sres. Alad (Rosendo.)
Aguado (Pantaleon M.)
Alvarez (Mariano.)

Sres. Barthe (Luis), Madrid.
Belher (Juan), Granada.
Cánovas (José María.)
Sta. Canovas (Aurora.)
Sres. Carbajal (Vicente M.), Madrid.
Espadas y Cárdenas (José.)
Esteban de Góngora (Mariano.)
Espinosa (Cristóbal.)
Fernandez-Delgado (Santiago.)
Fernandez y Rodriguez (Antonio), Madrid.
Sta. Franco (Ana.)
Sres. Gomez (José María.)
Gonzalez Garbin (Antonio.)
Guevara (Pedro.)
Lopez (Joaquin María.)

Sres. Lopez Vazquez (Ricardo.)
Lopez Vela (Cristóbal.)
Masa (Domingo.)
Molina (Gaspar.)
Muller (Victoriano M.), Madrid.
P. y Delgado (Luis.)
Rada y Delgado (Juan) Madrid.
Rodriguez y Garcia (Francisco), Madrid.
Ros (Marcelino.)
Rubio (Antonio)
Sagredo (Ignacio Gil de)
Simonet (Francisco J.), Madrid.
Tamarit Ponce (Rafael.)
Vidal (Cristóbal), Madrid.
Secretario de la redaccion, Diego Vidal.

SUMARIO.

La Prensa, por D. Diego Vidal. — *Un Poeta y un Angel*, episodio, por D. Juan A. Gutierrez Tovar. — *Grito de Guerra*, poesia por Doña Ana Maria Franco. — *Para el álbum de Virtudes*, poesia, por D. José Espadas y Cárdenas. — *Soneto*, por D. Ignacio Gil de Sagredo. — *En el álbum de Maria*, poesia por D. Rafael Tamarit Ponce. — *Modas*. — *Teatro*, por D. Rafael Tamarit Ponce.

LA PRENSA.

La prensa es el barómetro de la civilización de los pueblos.

Aunque la idea que envuelve el anterior período es un axioma reconocido por todas las inteligencias y sancionado como tal por los hombres mas eminentes en las ciencias política y filosófica, vamos, sin embargo, á hacer algunas observaciones en su comprobación, siquier sea como un justo homenaje, que nosotros, amantes de la prosperidad humana y anhelantes del desarrollo moral e intelectual de los pueblos, rendimos á esa gigante palanca de la civilización, á ese motor poderosísimo del progreso humano, á esa antorcha providencial que derrama la moral y la ciencia en el alma de la humanidad: á la Imprenta.

Fijémonos en hechos, porque si además de un apoyo racional llevan en sí la poderosa razón de la experiencia, mas fácil nos será enjendrar la

convicción en la conciencia de nuestros lectores, que no vagando en el campo de las abstracciones.

Inglaterra, esa potencia civilizada y civilizadora, Bélgica, Suiza y la República Norte-americana, dejarán gravada en la historia del siglo XIX una brillante página, modelo de grandeza, de actividad, de desarrollo general, tanto en las ciencias políticas como morales y filosóficas, así en la industria como en el comercio, lo mismo en la agricultura que en las artes, modelo donde puedan estudiar, donde hallarán su mas segura guia las futuras generaciones para erigir la cúpula de la prosperidad y del progreso en el suntuoso monumento de la civilización humana, que el alma de la humanidad está clavorando hace tantos siglos.

En esas naciones, vanguardia del movimiento del siglo, se observa un fenómeno singular para los pesimistas; pero una razón providencial para los que creemos en la perfectibilidad humana, fenómeno ó razón que consigna la estadística con datos matemáticos imposibles de toda duda, incontrovertibles en todos sus extremos: el mejoramiento ó tendencia constante á la perfección de la moral social por la moral individual: allí, á medida que se da ensanche al radio de la ciencia y de la moral, se reduce considerablemente la inmoralidad, el crimen y los delitos que horrorizan la conciencia de la generalidad, de una sociedad digna de sí misma, basada en los principios eternos de la justicia, hija del derecho escrito por Dios en la conciencia humana; por eso, con el aliento que presta la razón y la experiencia, se protege, se estimula y se facilita allí la instrucción universal, dando libertad, desentancando, en una palabra, la enseñanza, borrando las condiciones al ejercicio del derecho de emisión del pensamiento tanto en la cátedra como en la tribuna y en la prensa.

Los pueblos, marchando con la voluntad y con el firme impulso que presta la convicción, consiguen armonizar los adelantos morales é intelectuales con los físicos ó materiales que vienen á formar el complemento de la obra erijida en pró de la ventura y prosperidad de la sociedad en cada una de sus individualidades: repetimos aquí como razón los nombres de Inglaterra, Suiza, Bélgica y Estados-Unidos, y como prueba nos referimos á la estadística de dichos pueblos.

Y ahora preguntamos: ¿quién es, en esos pueblos, ese motor potente que dá tan asombroso desarrollo al comercio, á la navegación, á la industria y á las artes mecánicas? ¿Quién lleva esa electricidad inspiradora á la mente y corazón de los hombres para el desarrollo en las manifestaciones del espíritu con relación á las artes liberales? ¿Quién es esa antorcha que ilumina y engrandece las inteligencias para el progreso constante é indefinido de las ciencias que van descubriendo hasta los últimos y más íntimos secretos de la naturaleza? ¿Quién es ese sacerdote que engendra y grava con tipos indelebiles en la conciencia del hombre la moral, esa virgen eterna desprendida del seno de la Providencia? Y con la mano puesta sobre el corazón, con la fé mas pura, con la convicción mas íntima contestamos, que ese motor potente, que esa electricidad inspiradora, que esa antorcha clarísima, que ese sacerdote, en fin, es: la Imprenta.

Veamos, si no, el estado de la prensa en cualquiera de los pueblos ó sociedades que sirven de fundamento á estas observaciones: allí el periódico político sostiene y alienta un día y otro día el espíritu público; propone y defiende con toda amplitud las mejoras de que puede ser susceptible la legislación en todas sus esferas y en sus diversos fines; combate racionalmente, porque la libertad que disfruta le escusa recurrir á medios satíricos é hipócritas, disposiciones oficiales desviadas de la justicia que es la base de toda sociedad; y contribuye, finalmente, con sus trabajos y con sus estudios á la perfección general á que de consuno conspiran: allí revistas científicas, literarias y artísticas, consagradas á consignar en su fondo los adelantos de la época, los maravillosos descubrimientos de la ciencia, los admirables inventos del arte, y las mas elevadas manifestaciones del espíritu, vienen á confirmar la idea de que la Imprenta es la gran depositaria del alma de la humanidad, con toda su grandeza, su voluntad, su sentimiento y su inteligencia: allí el Municipio, la Provincia, el Estado, el Comercio, la Industria, los cuerpos científicos, las corporaciones literarias, los diferentes sistemas políticos, los diversos cultos religiosos, todos tienen un eco en la prensa que presente y defiende sus dogmas, sus principios y sus intereses; de aquí nace la lucha intelectual, la antinomia tan necesaria y beneficiosa, puesto que es considerada como un síntoma de progreso, en los sistemas que reconocen y consagran los derechos inherentes á la personalidad humana.

Hemos dicho que la antinomia, en la ciencia á que aludimos, es un síntoma de progreso: y lo es, porque la discusión hace brotar la verdad, así como la percusión en el fósforo hace brotar la luz: porque de la discusión razonada nace el orden, como

del análisis se forma la síntesis; y es además el termómetro del espíritu público, porque la sociedad en que no se discuten sus principios constitutivos, ó ha llegado á su mas alto grado de perfección ó sus individuos sienten debilitado su espíritu, lo cual es ya un triste signo de abyección y decadencia.

Creemos probada suficientemente nuestra proposición; mas, sin embargo, buscaremos la antítesis que indudablemente vendrá á ser una nueva razón en apoyo de nuestro aserto.

Siguiendo el mismo método, presentaremos el estado de los imperios de Austria, de Turquía y de Rusia, de esas sociedades, mal dicho, de esas potencias dominadas por el peso de su impotencia, en esas naciones, cuyo primer principio político es la absoluta absorción del individuo por el Estado, se manifiesta, por este mismo hecho, su notable y vergonzoso atraso en la marcha civilizadora y filosófica del siglo: en ellas la acción individual, exclusiva ó asociada, está reducida á la nulidad, la acción individual que es la madre del progreso y del desarrollo en todos sentidos: en ellas ni la industria, ni las artes, ni por consecuencia el comercio han conseguido alzarse de su triste postración; las ciencias políticas y filosóficas, puede sentarse con seguridad que allí no han recibido aun carta de naturaleza; y en especial, la ciencia moral, esa aniquiladora del crimen, solo existe allí en los libros, aun no está gravada en la conciencia del hombre; por esta razón la estadística de esos pueblos nos presenta mayor número de crímenes con relación á los demás pueblos civilizados del Universo; y esta es la única razón: con la ignorancia se alimenta el crimen, así como la ilustración dá vida al jérmén de virtud y bondad innato, puesto por Dios en la conciencia humana.

Y como última y mas poderosa prueba: en la Rusia, donde no hay mas poder que el poder absoluto y omnimodo del autócrata, Emperador y Papa, jefe del Estado como de la Iglesia, sin mas voz ni mas acción que la voz y la acción del que lo es todo, en esa nación, ó esa posesión del hombre *divino*, ha existido hasta ahora la esclavitud del hombre *humano*, como derecho del imperio, la esclavitud del hombre, último resto de la ignorancia, último resto de paganismo y de barbarie que destruyó para siempre el cristianismo: hasta ahora el hombre no ha tenido derecho allí para disponer del hijo que es suyo; hasta ahora la madre no ha tenido allí el derecho de llamar hijo al que ha alimentado en sus entrañas; hasta ahora el hombre allí ha visto arrebatarse su esposa para dar placer al *señor*, sin tener derecho á protestar ni de la espoliación de su hijo ni de su esposa, sin derecho siquiera á lavar la mancha que hacen caer sobre su frente.

Al contemplar tales hechos, ¿no es preferible mil y mil veces la mas salvaje anarquía?

Veamos ahora el estado de la prensa en esos pueblos.

En Rusia, el primer periódico literario, lo publicó ó mandó publicar el Emperador en 1848 para distraer á los nobles de la política; pero apenas se perdieron los ecos de aquel gran movimiento que

conmovió hasta los cimientos de su trono, el periódico dejó de publicarse.

Hoy en Austria, en Turquía, en Rusia no existe mas publicacion que la que representa los intereses, las preocupaciones y la ambicion de sus señores. Hé aquí reducida la prensa en esas naciones: así se explica el atraso, la ignorancia y la abyeccion denigrante de esos pueblos.

Terminado nuestro objeto, encaminado solo á probar el lema con que encabezamos el presente artículo, solo nos resta dirigir nuestra humilde voz á nuestros compatriotas, tan humilde y modesta como íntima y grande es la fé que abrigamos en el fondo del alma, para alentarles en la noble lucha que se está operando entre el género humano, lucha de ideas, comprobante del estado progresivo de nuestra patria, lucha del bien contra el mal, de la asociacion contra el aislamiento, de la armonia contra la repulsion, de la virtud contra el crimen, de la razon contra la pasion, del derecho contra el monopolio, de la igualdad contra el privilegio, de la idea contra la fuerza, de la ciencia contra la ignorancia, y en una palabra, del Cristianismo contra los restos bárbaros del Gentilismo.

Este es y será siempre nuestro lema, siempre nuestro objeto, siempre nuestra tendencia; y no cederemos jamás en nuestra opinion, nos lo asegura nuestra conciencia, porque esta conviccion está profundamente arraigada en nuestra alma, y nos lo afirma y nos presta nuevas fuerzas el estado de atraso de nuestra provincia, atraso que nos ruboriza en presencia del mundo civilizado, y á cuya estirpacion nos impulsa contribuir nuestra conciencia, si bien pobres en inteligencia, ricos en voluntad y sentimiento.

Y por eso, con la fé mas pura y con el mas íntimo entusiasmo, pedimos su voz á la prensa por considerarla como la palanca poderosa, como la antorcha clarísima, como el sacerdote moral de la civilizacion, de la prosperidad y del progreso humano.

Diego Vidal.

Un Poeta y un Angel.

Episodio.

Ayer asistí al entierro de mi amigo Enrique de V.***

El infeliz, se habia suicidado el dia anterior.

La generalidad ha creído que victima de sus ideas escépticas, habia tomado tan fatal resolucion.

¿No habeis leído las gacetillas de los periódicos? Allí se afirma; bien es verdad que los gace-

tilleros son gente poco escrupulosa para levantar falsos testimonios á los muertos.

Pero estamos demasiado tristes para entrar en digresiones.

Yo era el confidente de sus penas; de sus dolores, de sus amarguras....

Le he visto dia tras dia palidecer, enfermar, agostarse como una pobre violeta á la que se le roban los rayos del sol y los besos de las auras.

Solitaria flor ¿qué pides? Aire, luz y murmurantes aguas.

Juventud del hombre ¿que deseas? Amor, gloria y bellas ilusiones.

La campesina flor se agosta; el cierzo del invierno arrastra sus perfumadas hojas: la juventud desaparece; el hielo del desengaño seca las esperanzas del poeta.

Mi desgraciado amigo me dejó por heredero de todo lo que poseia; la mayor parte eran libros de literatura.

En uno de los legajos de sus papeles encontré los siguientes apuntes, que me revelaron la causa que le obligó á poner fin á sus dias.

¡Cuántos ignorados dramas se desenvuelven en el seno de nuestra sociedad!

No sé quien ha dicho que la existencia de cada criatura es una novela; pero hay seres cuya historia es un poema.

Hé aquí el diario de mi amigo.

I.

El dia, ese espacio de tiempo que cada cual distribuye segun sus ocupaciones y quehaceres, tiene tambien sus horas de gozo y de tristeza.

El alba es la alegría, porque todo nace y se despierta; la tarde es la amargura, porque todo muere y acaba. Entonces es cuando se apoderan del alma esas vagas impresiones que la conducen á la region de las idealidades; blanca y tímida tórtola que espera la hora del silencio para tender sus alas y ofrecer á ese *algo* impalpable que flota á nuestro derredor su mas doliente ruego.

Era una tarde lluviosa y fria de las últimas del mes de Enero, y me paseaba al acaso por las solitarias alamedas del Retiro: los árboles semejaban á mis ojos, gigantes esqueletos que me tendían sus brazos descarnados, y el murmullo quejumbroso del viento me parecia el estridente reir de una turba de demonios.

Iba, como siempre, distraído con mis ideas y sueños de color de rosa; las lágrimas humedecían mis párpados; y aquel sitio, la hora, la tempestad que rugía, todo era solemne, grande, agosto.

El cielo estaba cubierto de nubes; en el horizonte brillaban de vez en cuando los relámpagos y se oía, allá en lontananza, el ruido pavoroso del trueno.

Habia llovido durante el dia; el piso estaba fangoso y nadie vagaba á la sazón por aquellos jardines tan concurridos en las mañanas de primavera.

Atravesando un bosquecillo, llegó hasta mi oído la voz melancólica de una muger.

Arrojad un puñado de perlas sobre una bandeja de plata y formareis una remota idea del sonido melodioso de aquella voz celestial.

Era una de esas modulaciones, de esos acentos, de esos ecos que despiertan nuestros recuerdos y hacen vibrar las fibras mas rebeldes de nuestro corazon.

Era indispensable, si habia de vivir tranquilo, que poseyese el amor de aquel ángel ó aquella muger.

Apresuré el paso y á los cortos instantes la alcancé.

Iba acompañada por un anciano, que lucía en el ojal de su levita la cinta de una condecoración.

Ella era alta; tenía los ojos negros y su rostro estaba tan pálido como las lunas de Mayo.

Vestia un traje riquísimo de luto que ceñía con elegancia sus admirables formas. La Venus antigua hubiera envidiado su belleza.

La contemplé y la amé con delirio.

II.

Comenzaban á caer anchas gotas de lluvia precursoras de la tempestad que se aproximaba.

Mi bella desconocida y su acompañante llegaron á las puertas del paseo; un magnífico carruaje tirado por dos corceles se acercó y un lacayo con ademán respetuoso abrió la portezuela.

Entraron en él los ricos dueños y los caballos partieron al galope.

III.

Pasaron muchos días sin que volviese á verla.

Frecuenté los teatros, los bailes, los cafés y todos aquellos sitios en los que se puede penetrar á cambio de un pedazo de oro.

Vendí mis poemas mas queridos; Tasso, Lamartine y Calderon; todo infructuosamente.

Una noche, el corazón me anunciaba que la vería; enagéné por el valor de una butaca en el Teatro de Oriente la sortija que me dió mi madre al salir del país natal, y esperé con impaciencia la hora designada para dar principio al espectáculo.

Aquella noche cantaba la Alboni «La Figlia del Reggimento» y el mundo musical se apresuraba á rendir el homenaje de su admiración á los pies de la sublime artista.

Hacia ya largo rato que estaba alzado el telón cuando apareció en un palco la dama del Retiro, acompañada también por el viejo veterano.

Iba, como la primer vez que la ví, con un traje negro que dejaba descubierto su redondo y blanco cuello, en el que brillaba un collar de perlas de precio fabuloso.

Las miradas de los espectadores se fijaron en ella.... un murmullo de sorpresa se dejó oír en los ámbitos del regio coliseo.

Las diosas de los salones sacaron la cabeza fuera de sus palcos, para ver á la que les usurpaba el culto de sus adoradores.

¿Quién era esta muger?

La rodeaba una atmósfera impenetrable de misterio, de voluptuosidad y de encanto.

Debía ser muy desgraciada.

Un círculo amoratado se extendía por bajo de sus ojos, y su sonrisa enternecía el alma.

De tiempo en tiempo cubría su frente una nube de melancolía.

Y luego aquella bata de raso negro que revelaba el luto de su alma enferma.

¡Pobre muger! Tú fuiste la realización de mis sueños y por eso ¡ay! te amé quizás tanto como á Dios!

La representación llegó á su término entre victorias, guirnaladas y palomas.

El público estaba en el parasismo de su delirio artístico.

La virgen de mis amores seguía indiferente,

impasible, distraída; no advirtió lo que sucedía en torno suyo.

La ví levantarse, el viejo arrojó sobre sus hombros un abrigo de pieles y desaparecieron del palco.

Cuando llegué á las puertas del coliseo oí rodar un carruaje.

Estaba escrito que jamás supiese su morada.

IV.

Las calles de la capital estaban desiertas.

El agua caía á torrentes.

Era una horrible noche.

Solo la rápida carrera de los coches turbaba el murmullo monótono de la lluvia.

Las doce acababan de sonar en el reloj de la casa de Ayuntamiento.

Me dirigía á casa de mi amigo T*** donde nos reuníamos semanalmente varios poetas ó locos, visionarios é idealistas como nos llama el mundo.

Doblando la esquina de la calle de las Platerías, hirió mis oídos el lúgubre son de una campanilla.

Era el viático.

Un sacristan repartía hachas de cera á los que encontraba al paso.

Sin saber lo que hacía y por un presentimiento extraño, tomé una de ellas y seguí acompañando á la triste procesion.

Era un cuadro fantástico el de aquella comitiva, que se deslizaba silenciosa desafiando á la tempestad.

Al cabo de un rato llegamos al vestibulo de una casa de elegante fachada.

El eclesiástico subió y cuatro personas le seguimos.

Después entramos en una alcoba. A la izquierda habían colocado un altar y sobre él un Crucifijo alumbrado por dos velas amarillas, que bañaban los objetos de la estancia con su opaco fulgor.

En un lecho, con cortinas de damasco azul, suspiraba una muger en el estertor de la agonía.

El sacerdote se aproximó murmurando algunas oraciones; luego me indicó que me acercase, y cuando ví el semblante empalidecido de la moribunda, lancé un grito de espanto.

Era ella; la virgen del Retiro; la desconocida del Teatro.

La delicada niña procuró, aunque en vano, incorporarse. Pronunció frases incoherentes, gemidos inarticulados y dejó caer su hermosa cabeza sobre la batista de su lecho.

V.

Al día siguiente la condujeron al cementerio.

¡Ay! Yo regué con mis lágrimas la losa de su tumba, en la que como el último sarcasmo lanzado á mi desesperación, solo estaba escrito este nombre:

«CARMEN.»

Todos los días he ido á depositar mi guirnalda de siempre-vivas ante su sarcófago querido.

Ayer ví á su padre, al anciano con el que siempre la había visto; ocupaba un palco en la plaza de toros y regalaba dulces á una ramera!

«¡Ahí tenéis á la sociedad.»

Hasta aquí se hallaban consignadas las impresiones de mi amigo; lo restante eran ayes, blasfemias, suspiros de un corazón que nada espera.

¡Oh tú, preciosa y morena virgen; tú que lloras sin consuelo en el teatro, cuando ponen en escena ciertos dramas; tú que te afliges cuando tus tórtolas se arrullan tristemente; tú, á quien amo, porque eres buena, sensible y candorosa; tú, que me enloqueces cuando te miro con tu trage de chaconada y el velo de tul de ilusión; tú, que cual las golondrinas solo te dejas ver en el verano; admite benévola la dedicatoria que te envío del cuento anterior, y si acaso derramas una lágrima leyendo sus páginas, medita que lo compuse pensando en tí y que el nombre de esa infeliz muger es también el tuyo.

Juan A. Gutierrez de Tovar.

A mi apreciable amigo D. R. Gomez Montero.

GRITO DE GUERRA.

Y véase trocar la mar cercana
en otra mar de sangre musulmana.
GIL Y ZÁRATE.

Hoy diz, que se levantan de Mahoma los sectarios
y que arrollar intentan, de España el pabellon:
Hoy diz, que se levantan cual antes visionarios,
y aprestan á la guerra, su alfange y su pendon.

Hoy diz, que se levantan con desmedida saña
y con tenaz orgullo nos llaman á la lid:
¡Ay de ellos! si despierta el fiero Leon de España!
¡Ay de ellos! si provocan la gran patria del Cid.

Sin duda se creyeron en lánguido desmayo
al español cristiano desprevénido hallar,
mas ¡ay! canalla impura, que el inclito Pelayo
legó á sus bravos hijos, valor para triunfar.

Corred, hijos de España, corred á la pelea,
aprestad presurosos el guerrero corcel;
y tinta y humeante hasta el cuento se vea.
vuestra pujante lanza, en sangre del infiel.

Llebad como cristianos la Cruz de Constantino,
enseña salvadora que al mundo redimió,
triunfante y santo emblema que puesto en su camino
cual rutilante estrella, luciente apareció.

Corred, hijos de España, corred á la pelea,
y esas errantes hordas acuchillad velóz,
negra y sangrienta charca su vasto campo sea,
donde espire del moro la atronadora voz.

Valientes adalides, en nombre del Dios Santo,
al campo de la gloria impávidos corred,
y allí como en Clavijo, Covadonga y Lepanto,
las enemigas huestes arrollad y vened.

Alli los ferréos cascos de vuestros mil corceles,
mancha alrentosa impriman de Mahoma en el pendon,
y rojos por la sangre, los blancos alquiceles
triunfal despojo sean del Rey de la Creacion.

Volad, santa es la causa, volad á la batalla,
el africano espera, corramos á lidiar;
y alcemos vencedores en la agarena playa,
la Cruz de Jesucristo sobre triunfante Altar.

Volad, que Nuestra Madre, la Virgen sin mancha,
cual siempre, dá al cristiano segura proteccion;
que doble ante su Imágen el moro la rodilla,
y la cerviz humille la idólatra legion.

Decidles, si recuerdan á la gentil Granada
que fué en pasados tiempos paraíso del infiel:
decidles si recuerdan como fué arrancada
bajo el potente arrojo de la augusta Isabel.

Decidles, si recuerdan á Córdoba y Sevilla
donde asentó el profeta su prometido Eden;
decidles, si recuerdan que tanta maravilla
el Santo Rey Fernando les arrancó tambien.

Decid á esos ilusos, que débiles mugeres
su alfange rechazaron sin miedo á su furor;
que Irene la Condesa con otros tiernos seres
hicieron allá en Martos prodijios de valor.

Al campo ¡sus! guerreros, que su melena agita,
y poderoso ruge el Español leon.
¡Sus! guerra y esterminio á esa raza maldita,
canalla miserable, sin fé y sin religion.

Las armas empuñemos, y al campo de la gloria;
la patria está en peligro, corrámosla á salvar.
¡Sus! ¡Santiago y á ellos! que nuestra es la victoria.
¡Atrás! viles esclavos; temblad, hijos de Agar!

¡Héroes de Iberia, á ellos! la espada vencedora
que en vuestra mano brilla, por vuestro Dios blandid;
corra en raudales rojos la infame sangre mora;
¡guerra, cristianos! ¡guerra! sin compasion herid!!

Cortadles vengadoras, sangrientas las cabezas,
arracad de sus manos alfange y yatagan,
y al bárbaro africano asombren las proezas
de los valientes hijos del bravo Capitan.

Y sepa el agareno que al insultar cobarde
nuestro brillante escudo tan limpio como el Sol,
la sangre de cien héroes en nuestras venas arde,
y vale por mil moros un soldado español.

Que aun hoy es nuestra España, la España de Cisne-
(ros;
y si en gigante lucha aun tiene que lidiar,
sus hijos serán siempre los ínclitos guerreros
que en Africa supieron su pabellon fijar.

Ana M.^a Franco.

Para el album de Virtudes.

Un lindo ramillete
su album presenta
de matizadas flores,
que el alma alegran.

Yo otra pondria;
pero esta flor, Virtudes,
está marchita.

Llegó el invierno crudo
del desengaño,
y mis hermosas flores
¡ay! se agostaron.

Hoy solo quedan
del jardin de mi vida
las hojas secas.

Por eso en vez de flores,
tú no te estrañes
de que mi pluma vierta
sentidos ayes.

Pues cosa es fija
que del labio del triste
no brota risa.

Dichosa tú, Virtudes,
á quien ofrece
el mundo en copa de oro
gratos placeres.

¡Ay! que esa copa
donde la dicha apuras
no te se rompa.

Pero si parda nube
con fiera saña
viene á empañar el cielo
de tu esperanza,

Ten ¡ay! por cierto
que el placer en la tierra
nunca es eterno.

Si la ventura buscas,
la paz del alma,
de adulaciones huyo
las acechanzas;

y que en su sombra
te envuelvan las virtudes
con que te nombras.

José M. Espadas y Cardenas.

SONETO.

El sueño sacudid, que os envilece,
¡hijos valientes de la patria mia!
y veloces volad al medio dia
donde el bárbaro Moro os escarnece:

¿No os mueve y os irrita y enfurece
de esas hordas salvajes la osadía?
¿impune ha de quedar su demasia?
¡Truene el cañon y la venganza empiece!

La hazaña recordad aun palpitante,
mayor que contempló la luz febea,
del inmortal Astur siempre triunfante:
La victoria esperad que nuestra sea:

que terrible os conduce y arrogante
de Pelayo la sombra á la pelea.

I. Gil de Sagredo.

En el álbum de Maria.

Quieren que cante dulces amores
sin ver que sufro negros dolores
que el pecho, miseros,
rasgando están!

Quieren que alegre goce y sonría!
¡Ay! porque ignoran que el alma mía
ardientes lágrimas
verliendo va.

Los que no saben cuanta es la pena
del alma herida que triste llena
de amargos vértigos
al corazón,

¡ay! no comprenden en su ventura
que mis suspiros son de amargura,
y no de cédica
dicha de amor.

Ya no hallo flores en mi camino,
ni frescas auras de son divino.
ni espumas nítidas
sobre la mar:
en mis pesares de fuego hirviente
tan solo escucho sobre mi frente
rugir con ímpetu
la tempestad.

Ya no me arroba la amante cita,
ni ya mi pecho tierno se irrita
por dar un ósculo
de hondo placer....

Desengañado voy por la tierra;
en los amores solo hallé guerra,
inmenso piélago
de cruda hiel....

Noche es mi vida, sola y oscura,
dó ni un lucero triste fulgura
allá en la mágica
bóveda azul.

Pena es mi goce, mi risa es llanto,
mi paz es lucha, mi amor quebranto,
que el pecho rásgame;
sombra es mi luz.

Mas ¡ay! respiro, que en mi agonía
hallo un consuelo, dulce MARIA,
en tus purísimos
ecos de amor.

Si tú mitigas tantos pesares,
oiga mi alma de tus cantares
esa dulcísima
divina voz.

R. Gamarril Ponce.

Modas.

Al presentarnos ante vosotras, bellísimas suscritoras nuestras, es de rigor indispensable que os espon-gamos nuestro programa.

Lo decimos, pues, muy alto, á la faz de toda Europa, en estos momentos solemnes.

Nos declaramos en primer lugar, ardientes partidarios y defensores del miriñaque y de la mantilla española, sin que por esto dejemos de adoptar las novedades que nos vengan de allende el Pirineo, siempre que estén en armonía con nuestros usos y costumbres.

Así se lo hemos dicho á cierta seductora criatura, cuyas griegas formas y particulares encantos vienen de vez en cuando á turbarnos y distraernos de nuestros locos y fantásticos delirios de escritores.

Nos gustan mucho los trages de dos faldas, sencillos, aéreos, vaporosos, flotantes, huecos, que crucen, que arrastren, que levanten polvo, que nos hagan volver el rostro cuando paseis á nuestro lado por las calles y paseos, que derriben á los escuálidos pollos, si por acaso tienen la fortuna de que sus entecas pantorrillas choquen con la orla de vuestro vestido.

Nos seduce, nos fascina y nos deja estasiados, una mantilla de ancha blonda, colocada sobre los hombros de una niña morena de voluptuoso andar, de esas que en elegante *negligé* solemos ver los días de misa por la mañana temprano, concurrir delante de la correspondiente y voluminosa mamá, á la Catedral y Santo Domingo.

«Como mueve sus alas

La Golondrina,

Vas moviendo las blondas

De tu mantilla.»

Eso he escrito en no recuerdo que poesia y me ratifico en ello y lo defenderé peñola en ristre, contra cualquier atrevido malsin que pretenda atacar las prerrogativas de una parte tan necesaria de vuestro adorno.

Si, flores de mi vida, espíritus queridos de mis sueños, consuelos de mi alma triste; venid todas á mí, que yo seré vuestro escudo y desinteresado campeón.

Una vez espuestos nuestros principios en tan importante asunto, escuchad y participádselo á los papás, lo que dice uno de los oráculos de la moda:

Las cintas de gró y terciopelo, las de raso y terciopelo, dibujo chnié ó con rayas aterciopeladas, serán una de las novedades de la próxima estación: tambien recomienda las anchas trenzas de seda, las forrageras, las borlas, los encañonados rodeados de guipure, y las trenzas de sedas y azabaches, como lo mas á propósito para adornar los vestidos de entretiempo: para adorno de chales de otoño, nada tan elegante como una ancha franja de felpilla gruesa. En Paris indican, como prendas muy favorecidas, los chales de encajes, pues los encajes se emplean hoy ó se mandan emplear hasta de los mas anchos en los pañuelos. Los mas elegantes de estos que se llevan, son unos pañuelos de batista con ancho dobladillo cosido á vainica, y con las cifras en letras romanas, bordadas con algodón blanco, los perfiles con encarnado, violeta ó azul: estos pañuelos sirven para casa, ó para trajes de mañana.

Los segundos son unos pañuelos de batista finamente bordados con dibujos menuditos; tienen el escudo de armas en una de las puntas, y están adornados con encaje de Valenciennes de tres ó cuatro dedos de ancho: estos sirven para trajes de paseo ó visitas de confianza. Los terceros son de forma redonda y tienen ricos dibujos bordados á punto de arma: su único adorno consiste en un ancho encaje de Alençon: estos pañuelos son muy á propósito para baile ó visitas de cumplimiento. Finalmente, la cuarta clase es conocida con el nombre de pañuelos de boda: el dibujo consiste en una guirnalda de flores de lis y flores de azahar; encima de ella dos grandes medallones con las cifras y las armas, y todo al rededor un magnífico encaje de Valenciennes. Como novedad en cuellos y mangas, se anuncia la aparición de camisolines zuavos, mangas Magenta y cuellos milaneses. Para sombreros de otoño se recomiendan, uno crespón azul, adornado todo al rededor del ala con un gran escarolado y un lazo de terciopelo azul al lado derecho: otro de tul de blonda, negro y blanco, adornado con una trenza de terciopelo color Margarita de los Alpes, colocada al rededor del ala y que termina al lado izquierdo del bavolet en dos anchas caídas rodeadas de blonda. Y, en fin, para adorno de cabeza se cita con preferencia unos claveles encarnados, que forma corona con caídas: este adorno, destinado para vestidos blancos, tiene además de la corona cinco ramitos para la falda, dos para los hombros y uno para el pecho; las hojas verdes están ligeramente empolvadas de blanco.

TEATRO.

Cumpliendo con lo ofrecido en el prospecto de nuestro periódico, empezamos á ocupar la atención de nuestros amables lectores, esponiendo nuestro juicio acerca de los actores que componen la sociedad dramática que actúa en nuestro coliseo.

Primeramente debemos manifestar que nuestras humildes líneas llevan el sello de la imparcialidad, pues al trazarlas no somos impulsados por afecciones particulares hácia los actores, ni movidos por obsequios de la empresa, que ni hemos querido admitir, ni admitiremos nunca como redactores del Bardo.

Una vez dicho lo anterior, entremos en materia.

No vamos á censurar á todos los actores que forman la espresada compañía, ni á mencionarlos en cada una de las obras en que tomaron parte, pues siendo demasiado corto el espacio de que podemos disponer, nos concretaremos por hoy á citar á aquellos que mas han llamado la atención pública en las diferentes producciones que se han ejecutado durante la última semana.

Acaso recordarán nuestros lectores que en otra temporada tuvimos el gusto de conocer á la muy apreciable Señorita Doña Maria Pastora de Gimenez, primera actriz por entonces de la sociedad dramática que actuaba en nuestro coliseo y hoy primera tambien de la que empieza á esponernos sus tareas. Sin embargo, la actriz que conocimos en aquella época ha variado completamente. La Señorita Gimenez en el corto tiempo que ha estado ausente de esta población, ha hecho notables adelantos en su carrera. Así es, que en las capitales que ha visitado última-

mente ha sido aplaudida en extremo y elogiada por la prensa. La Señorita Gimenez es hoy una actriz de buenas disposiciones artísticas; desempeña generalmente cuantos papeles se hallan á su cargo con el mayor acierto, y en ella son frecuentes esos momentos de inspiración en que el actor corporiza los sueños del poeta. Su voz es grata, cadenciosa, dulce. Comprende muy bien cuanto dice, y lo siente, con especialidad en esas difíciles situaciones del drama en que lucha el corazón, se agitan las pasiones y se muestran los afectos del alma. En una palabra, la Señorita Pastora es una actriz de corazón y de talento.

El retratarla de la manera que lo hacemos, no es decir que la Señorita Gimenez carezca de defectos; todos los actores por buenos que sean adolecen de ellos, y por consiguiente no es extraño que esta joven actriz tenga los suyos.

En tal concepto, creemos no se ofenderá su delicadeza si la aconsejamos, ya que nuestro norte es la imparcialidad, reprima un poco ciertas maneras, que si bien caracterizan la verdad, no son á nuestro parecer del mejor efecto.

Sin embargo, repetimos que la apreciable Gimenez es una actriz de valimiento, como así lo ha comprendido el público inteligente al prodigarle sus nutridos aplausos y al llamarla con repetición á la escena.

El Sr. D. Manuel Flores, primer actor y director de escena, nuevo en nuestro coliseo, no ha dejado tambien de merecer la atención del público por sus buenos conocimientos. Es un actor bastante general: dice bien, interpreta lo mismo la mayor parte de sus papeles y su escuela es delicada y escogida. En estas noches anteriores ha recibido algunas ovaciones y se ha hecho digno de elogio. Ya que conocemos sus buenas facultades y vivos deseos de agradar al espectador, le aconsejamos mas aplicación, mas estudio.

Entre los demas actores de la compañía, aparece la muy simpática Señorita Muzo, dama joven, que tanto agradó en otra temporada distinguiéndose en el magnífico drama *La oración de la tarde*, donde se hizo digna de todo encomio y de la consideración del público. Esta apreciable y joven actriz es sumamente aplicada, su voz es agradable, sus maneras finas; comprende bien sus papeles y se esfuerza por corresponder á los deseos del espectador. Así, pues, la recomendamos muy encarecidamente, dando la enhorabuena á la empresa por haberla contratado.

Sentimos no poder mencionar á los demas actores de la compañía; mas nos prometemos hacerlo otro día fijándonos en la ejecución de algunas producciones.

El cuerpo coreográfico dirigido por D. Vicente Perales Calatayud, es excelente.

R. Tamarit Ponce.

Director y Editor responsable,
Juan A. Gutierrez de Tovar.

ALMERIA.

Imprenta de Antonio Garcia y Compañía,
plaza de la Glorieta, núm. 6.